

# LOS QUE SE ECHARON AL MONTE

ISIDRO CICERO



El día que mataron a Juanín era miércoles, el 24 de abril de 1957. Dos días antes, como todos los lunes del año, había mercado en Potes. Como todos los lunes del año, sólo que este era el lunes de Pascua. Un mercado muy importante para los lebaniegos, que presentaban corderos de los Picos de Europa, becerros de Peña Sagra, recentales de las estribaciones de Peña Labra. Quitando la feria de los Santos, el 2 de noviembre, y la feria de San Pedro, el 29 de junio, en ninguna otra ocasión la estanza de la Serna se ve más animada. En la plaza de piedra, los tenderetes gallegos, las tresvisanas con su queso picón, renoveras con repollos y patatas de siembra, mujerucas con sayal para escarpines, albarqueros, pernianos, tratantes de Asturias y León, choneros de Valderredible. Camiones de vino y harina de la vecina tierra de Pernía, compradores de Polaciones y Lama-són, curas jugando al mus con los paisanos, en el café de Ciella o en el de Cabo o donde Lombraña, o en el Bodegón. Maestras que acaban de llegar en el coche de Chisco para empezar el último trimestre, pendientes del carácter hosco que presentaba el día.

I.  
**HAN MATADO A JUANÍN**

# 1.

## EL LUNES DE PASCUA

El día que mataron a Juanín era miércoles, 24 de abril de 1957. Dos días antes, como todos los lunes del año, había sido mercado en Potes. El correspondiente al lunes de Pascua. Un mercado importante para los campesinos de la comarca lebaniega, que presentaban corderos de los Picos de Europa, becerros de Peña Sagra, recentales de las estribaciones de Peña Labra.

Quitando la feria de los Santos, el 2 de noviembre, y la feria de San Pedro, 29 de junio, en ninguna otra ocasión la estanza de la Serna se ve más animada. En la plaza de piedra, los tenderetes de los gallegos, las tresvisanas con su queso picón, renoveras con repollos y patatas de siembra, mujerucas con sayal para escarpines, albarqueros, pernianos, tratantes de Asturias y León, choneros de Valderredible. Camiones de vino y harina de la tierra vecina de Pernía, compradores de Polaciones y Lamasón, curas jugando al mus con los paisanos, en el café de Ciella o en el de Cabo o donde Lombraña, o en Casa Cabo. Maestras que acaban de llegar en el coche de Chisco para empezar el último trimestre, pendientes del carácter hosco que presenta el día.

Las maestras se acercan al señor arcipreste, o a don Desiderio, el capellán de Santo Toribio, para preguntarles có-

mo y cuándo se va a organizar este año el «Día del Niño» en el Monasterio. Y los sacerdotes les contestan que como el año anterior: habrá concurso de doctrina por escuelas, y luego, por Ayuntamientos. Y los vencedores de los Ayuntamientos serán automáticamente erigidos en Príncipes del Catecismo con su banda correspondiente; luego, en reñida competición, se elegirá entre todos el Emperador y la Emperatriz catequísticos de toda Liébana.

No hace mucho se han cambiado los textos del catecismo. Donde decía «venga a nos el tu reino», ahora hay que decir «venga a nosotros tu reino».

La bonita maestra de un pueblo alto comenta esta pregunta socarrona que le hizo el padre de un alumno:

—*Señorita, ¿el sexto mandamiento lo dejarían como estaba?*

—*Pues no: antes decíamos «no fornicarás»; ahora hay que decir «no comerás actos impuros».*

—*Pero «la cosa» sigue siendo la misma, ¿eh, señorita?*

La maestra reía acordándose de la cara decepcionada del labrador.

Aquel lunes, la Guardia Civil, en parejas, se paseaba arriba y abajo por entre el bullicio de la gente. Otros guardias de paisano que tomaban tostadillo con algún vecino de La Vega, de Bárago o del mismo Potes hacían preguntas y preguntas como si no pretendieran nada.

Aquel lunes, una mujeruca, después de mirar a todos lados con recelo, recogió unas botas recién remendadas en la zapatería y compró una libretuca en casa de Sandi, con el nombre de «La Luz» impreso en cada hoja. Estas libretas acababan de llegar de Santander y se consideraban una novedad. Quién sabe si acaso compró también algo de tabaco. Todo guardado en la misma espuerta que por la mañana traía al mercado dos mantecas y tres docenas de huevos, la mujer se volvió en la línea para su pueblo.

Sólo dos días más tarde, las botas recién remendadas las llevaba puestas Juanín cuando le mataron, y en el bolsi-

llo de la chaqueta de pana encontró uno de los números de la Guardia Civil aquella libreta con algunas cosas escritas. Se preguntó mucho, pero nadie recordaba haber visto aquella mujeruca...

Había mucha gente aquel día en Potes. Se compraba y se vendía. Una conversación común: Juanín y Bedoya. Otra conversación común entre la gente joven: en Bilbao, en Torrelavega, se ganaba más dinero, se trabajaba menos y había más posibilidades para ayudar a los hijos. Era la naciente idea de la emigración.

Se dice que el lunes de Pascua, aprovechando el tumulto, alguien susurró al oído de cierta persona un nombre, un lugar, una fecha, una hora. Se dice que ese susurro llegó hasta el oído del cabo de la Guardia Civil en Vega de Liébana. Se dice que el cabo tuvo dos días para preparar una estrategia infalible que acabara con Juanín.

A nosotros nos han dicho nombres propios, pero nosotros no podemos repetirlos.

## 2. 24 DE ABRIL

*«Dicen que murió Juanín  
no se si será verdad...».*

Cantan así unas coplas anónimas. La gente no sabe si creer o no creer la noticia, tantas veces dada y otras tantas desmentida por los hechos.

Mucha gente dice que el encuentro de la pareja de guardias con Juanín y Bedoya, que iba a terminar con la vida del primero, fue casual. Otros dicen que estaba perfectamente planificado desde tiempo antes. Hay quien lo achaca a un servicio mal hecho de la Guardia Civil. Los responsables de este servicio mal hecho, que acabó con la vida de Juanín, el hombre más buscado y por el que se pagaba la más alta recompensa de la posguerra santanderina, fueron Leopoldo Rollan Arenales, cabo de la Guardia Civil, y un número de la misma, Ángel Agüeros Rodríguez, de Cabárceno, que ya en su día había matado también a José-lón, otro famoso huido por los montes cantábricos.

La noche estaba oscura. Llovía fuertemente. Era abril; había flores en los frutales. Se acababan de arar las tierras para la siembra y de injertar algunos manzanos. En las cocinas de las casas, acurrucadas junto a la lumbre, las mujeres remendaban los zurrones de los vaqueros o preparaban la

tortilla del pastor para el día siguiente. Algún muchacho, a la luz de un carburo, empezaba los primeros ejercicios de aritmética del trimestre. Regresaban los hombres tosiendo frío de las cantinas. Carraspeaban los abuelos en la cama. El vecero del día siguiente, o sea el que tenía que llevar las ovejas de todos los vecinos a pastar, salió a la puerta de la casuca para ver qué cara tenía la noche. Si llovía aún, sería preciso escoger lugares resguardados del viento y de la lluvia para llevar los rebaños. La tarea de vecero se hace por turno en la aldea.

De repente, los disparos atormentan la noche.

—*¿Has oído algo?*

—*Creo que fueron tiros.*

—*Alguno que andará al jabalí.*

—*O al lobo.*

Al momento se oyen gritos. Y poco más tarde llega a voces la noticia: «que mataron a Juanín, que mataron a Juanín».

La gente dudaba en salir de casa o meterse más adentro. Experiencias había en las que la una y la otra decisión resultaban igualmente peligrosas. Había amainado la lluvia.

—*¿Dónde ha sido?*

—*En la carretera, en el cruce que sube para Señas. Junto a los maderos de Fombellida.*

La gente se iba acercando, temerosa, sin atreverse a decir nada, porque cualquier frase podría tomarse con segundas intenciones. Muchos se quedaron en casa sin salir, por considerarlo menos comprometido, pero tampoco pudieron conciliar el sueño en toda la noche. Empezaron a moverse coches para arriba y para abajo. En no pocas camas se lloraba aquella noche invernal.

Y empezaron las explicaciones. Los guardias decían cómo había sido:

—*Que subían el cabo y Ángel por el camino de Bárago, y a eso de las nueve de la noche, los vieron venir. Entonces les echaron el alto y ellos abrieron fuego. Entonces Ángel*

se puso aquí y el cabo aquí, dispararon y cayó uno. El otro echó a correr. Se acercaron y aquí lo tenéis, ¡Juanín! Bedoya se escondió. Hay que ir a buscarle.

Unos cuantos vecinos fueron requeridos para acompañar a los guardias en la busca y captura de Bedoya. «Seguramente va herido», decían.

«No podrá ampararse sólo en esta región, que apenas conoce», auguraba el *Diario Montañés* del día siguiente. Aquella noche, Bedoya, el compañero inseparable de Juanín, estuvo pidiendo comida por algunos de los pueblos del valle de Cereceda. Iba nervioso, desencajado. «Parecía una furia», dice un vecino que le entregó medio kilo de chorizos.

Amanece. Bedoya, ciento quince kilos de peso, uno ochenta y cinco de estatura, ya va bien distante del cadáver de su amigo. La mañana está plomiza, fría. Un hombruco, envuelto en vieja gabardina, con el paraguas colgado del brazo, ha madrugado mucho hoy para cebar las vacas del invernadero. El invernadero, en Liébana, es una de las más importantes cosas que existen. En algunos pueblos lo llaman «envernadero» y en otros «cabaña». Allí pasan las vacas parte del invierno, comiendo la hierba seca, almacenada durante el verano en fatigosas jornadas de sol a sol. Están tan distantes muchos invernaderos del pueblo, que a veces es imprescindible llevar la comida para todo el día. Existen invernaderos a los que hay que llegar rompiendo la nieve, en los meses difíciles de diciembre y enero.

Bedoya ha visto al vaquero. El vaquero ha visto a Bedoya e intenta esconderse pasando por otro sitio, dando un rodeo. Pero enseguida se le planta delante el hercúleo motetón.

—Oiga, venga usted para acá.

Llega el hombre, temeroso.

—¿Por qué se escondía usted?

—No señor, no me escondía. Es que yo siempre paso por ahí.

—Mentira. Siempre pasas por aquí. Pero ahora me has visto y me tienes miedo.

—Bueno..., sí.

Tiritaba el hombre de miedo y de frío. Tenía mala fama Bedoya. Fama de sanguinario.

—Tú, ¿cómo te llamas?

—Samuel.

—Ya sé quién eres. Tú tienes un hermano cura. ¿Tú me conoces a mí?

—No... yo...

—Pues soy Bedoya. Y no me digas una mala palabra, porque aquí mismo te parto la cabeza. Acaban de matarme a mi amigo y soy capaz de cualquier cosa. Así que lo primero de todo se lo dices a tu hermano. Y después, a la Guardia Civil. Que has visto a Bedoya y que Bedoya se caga en la madre que los parió. ¿Se lo vas a decir?... Se lo dices, ¿eh? Y les dices también que voy en esa dirección, que me sigan.

El hombre está pálido. Le tiemblan las manos a Bedoya. Le late fuerte el corazón al pastor.

—¿Tienes cerillas?

—Sí, aquí llevo una caja.

—Pues tráela. Toma cien pesetas por ella.

—Hombre, yo... te la regalo.

—Nada, coge ese dinero. Cien pesetas. Yo pago siempre, si tengo con qué.

Se dio aviso a los guardias. Siguieron el camino que les indicaron y, efectivamente, por allí pasaban las largas zancadas de Bedoya, hasta que en unos matorrales se perdió su rastro.

Entre tanto, en La Vega, el acribillado cadáver de Juanín permanecía expuesto al público. Llegaba mucha gente a verlo. Se contaban anécdotas, se decían mentiras. Alguna gente rezaba. Todos estaban muy serios. No faltaba quien a escondidas se enjugaba una lágrima. Hubo uno que pisó el cadáver con indignación. Otro dijo que había que enterrar-

lo en un camino como a los perros. Clavaron unos palos en el muro que aguantaba el terraplén y le pusieron de pie contra las piedras, cobrando un impresionante aspecto de crucificado. Era para sacarle fotografías. La gente lo contemplaba todo en silencio y veía con repulsa estas macabras ceremonias.

Había muchas conjeturas que se exponían en voz baja.

Según unos, en el cuartel se sabía el día y la hora exacta en que Juanín y Bedoya iban a bajar a La Vega.

La estrategia que emplearon los guardias fue bien original:

De La Vega salen tres carreteras a pueblos opuestos: una a Potes, otra a Dobres y la tercera al Puerto de San Glorio. Por cada una de estas carreteras salió a patrullar una pareja. Interesaba hacer ver que se quedaba La Vega sin guarnición. La orden era salir dos kilómetros y regresar todos al cuartel. Estaba planeado de tal modo que, al regreso, la pareja que había ido hacia Bárago y Dobres tuviera que encontrarse con los emboscados al bajar de Señas a La Vega.

El camino que baja de Señas se une a la carretera poco antes de hacer esta una curva, que impide la visibilidad de la parte de arriba. Al lado contrario de la carretera está el cementerio, y más abajo, ya en el río, el molino. Tras esa curva se escondieron los guardias. Juanín venía el primero, y creyendo que la pareja ya había pasado, intentó cruzar la carretera sin precaución. Fue entonces cuando le mataron.

Había entonces allí unos maderos, esperando ser llevados a la serrería. Tras uno de ellos intentó parapetarse Juanín, pero no le sirvió de nada. Ya iba herido de muerte. El madero tras el que se tumbó nunca se pudo hacer tabla por la cantidad de plomo y metralla que tenía dentro.

Bedoya venía doscientos metros más atrás. Pudo haber matado a los dos guardias. El uno estaba justamente debajo de él. Para poderse proteger, tenía al lado un gigantesco nogal cuyo tronco no utilizó.

Esta actitud de Bedoya desmiente el carácter sanguinario y brutal que la mayoría de la gente le atribuye. Y plantea, a la vez, interrogantes sobre su fidelidad a Juanín. No poca gente dice que fue el mozo de Serdio quien entregó a su propio compañero a cambio del camino libre hacia Francia prometido por los guardias en secreto a través de su cuñado. Pero de esto se hablará más tarde, convencidos como estamos de que la auténtica verdad del asunto es muy difícil por no decir imposible de constatar.

Siempre que tenían un encuentro violento o debían salir huyendo uno por cada lado, ambos corrían cuanto les era posible, y cuando pasaba el peligro usaban una contraseña para volverse a reunir. Sólo cuando otro tipo de señales convenidas no daban resultado, se hacía la contraseña desesperada de unos cuantos tiros al aire. Por el lugar de donde procedían, sabía el compañero hacia dónde debía dirigirse. Hay mucha gente que asegura haber oído los tiros de Bedoya aquella noche.

Entre las distintas versiones de la cacería de Juanín, la más novelesca, no queremos decir la más fantástica, es la del «servicio mal hecho» de la Guardia Civil.

Iba la pareja hacia Bárago. Tenían que patrullar carretera arriba hasta un punto determinado, de manera que a las nueve y media estuviera de regreso en el cuartel. Hacía frío, y anduvieron más deprisa para entrar en calor. Llovía, y no llegaron al sitio prefijado. Y cuando, de regreso, ya iban a entrar en La Vega, se dieron cuenta de que no eran más de las nueve y se habían adelantado media hora.

—*Es demasiado pronto para entrar en el cuartel.*

—*¿Damos otra vueltecita?*

—*Vamos hasta el molino.*

Juanín y Bedoya los habían estado vigilando. Y cuando los vieron entrar en La Vega, pensando que ya no volverían a salir del cuartel, se apresuraron a bajar y cruzar la carretera lo antes posible; cruzar carreteras y puentes era algo

muy peligroso y había que hacerlo bien. No se veía y se tropezaron con los guardias.

Estos dispararon al bulto que resultó ser Juanín. *«Pero podía haber sido un burro»*, dicen los que cuentan esta versión, *«o un hermano nuestro que venía de buscar una oveja recién parida y extraviada en el monte»*.

Parece extraño que Juanín, meticuloso en los detalles más mínimos, no se hubiera cerciorado bien antes de intentar cruzar la carretera. Tenía la costumbre, más tarde lo veremos, de investigar, horas y hasta días enteros, los lugares de paso que ofrecieran algún peligro.

Por eso la gente cuenta otra versión, a caballo entre la mitología heroica y las posibilidades reales: Juanín se entregó él mismo. Fue como una especie de suicidio patético. Sabía que iba a morir cualquier día en los montes, pues tenía los pulmones destrozados, y prefirió morir así, de un modo trágico, como había transcurrido toda su vida, en un último intento de llamar la atención sobre aquello por lo que había luchado: una vida más digna para todos. Y por eso, dicen los entusiastas de esta hipótesis, escogió para morir el lugar en donde más gente le conocía, donde muchos le habían querido, donde sí se sabían claramente las graves circunstancias por las que él, Juan Fernández Ayala, se había lanzado a vivir aquella vida.

*«Ha muerto el bandolero más terrible de que se tiene noticia en esta provincia»*, decían al poco tiempo los voceros oficiales. ¿Le cazaron por casualidad los guardias? ¿Le entregó su compañero? ¿Le entregó un vecino de La Vega o de Señas? ¿Fue todo una casualidad? ¿Se entregó a sí mismo harto de huir y de sufrir? Sea como sea el entramado inmediato por el que consiguieron darle alcance, lo cierto es que su cuerpo machacado yacía en la mañana de abril en una carretera lebaniega.

En abril de 1977, *Hoja del Lunes* de Santander creyó oportuno sacar una nota bajo el título *«Hoy se cumplen veinte años de la muerte de Juanín»*. La nota, que venía fir-

mada por S. V., fue agriamente replicada por las hermanas del guerrillero: No es verdad que Juanín estuviera enfermo del pulmón, lo que contradice la creencia general de la gente. No es verdad que Juan fuera un asesino, con lo que todo el mundo está de acuerdo. Es mentira que Juanín fuera un bandolero, si no más bien un romántico, un idealista, que tuvo una vida de injusta persecución. Y con esto también muchas personas que le conocieron están enteramente conformes.

Lo sorprendente de la nota viene después: «A Juan no le mató la Guardia Civil. A nuestro hermano le mató de un tiro en la nuca alguien que le traicionó».

Pero esta versión de los hechos «nos la reservamos —siguen las dos mujeres— hasta que creamos oportuno el momento de revelarla».

### 3. EL VERBO BANDIR

La palabra bandido tiene muy negativas connotaciones. Sin embargo, no es más que un participio sustantivado del verbo bandir, ya en desuso, del gótico «bandwir», que significa promulgar un bando, declarar la persecución de un ciudadano o proclamar a un hombre fuera de la ley.

*Bandidos* hubo en la historia, perseguidos por la justicia, que al cambiar esta, se convirtieron en héroes. ¿Quién no ha oído hablar, por ejemplo, de Pancho Villa? El hecho transformador consiste en que los perseguidores se conviertan en perseguidos o en que cambien radicalmente las circunstancias que un día los marginaron de su comunidad humana.

*Bandidos* hubo que cambiaron ellos mismos las leyes, aboliendo las que los perseguían y creando otras a su gusto. Cuando Fidel Castro estaba en Sierra Maestra o Mao Tse Tung en las montañas chinas, no eran menos *bandidos* que los lebaniegos de la década de los cuarenta en los Picos de Europa.

En julio de 1936, un grupo de falangistas de la zona tomaron, pistola en mano, el Ayuntamiento de Potes. Esto era un serio delito contra la ley. Y cuando las fuerzas armadas gubernamentales vinieron a pedirles cuentas de su ac-